

¿Cómo vivir la Vocación Salesiana de Cooperador ahora? Perfil del seguidor de Jesucristo en el mundo del siglo XXI

Introducción

Se me ha pedido afrontar el tema “¿Cómo vivir la Vocación Salesiana de Cooperador (aquí y) ahora?”. Una alternativa era centrarse en el *Proyecto de Vida Apostólica* que define al Salesiano Cooperador como *cristiano católico – seglar – salesiano*, y presenta su perfil en modo tal de hacerlo idóneo para vivir su vocación y realizar su misión en el mundo. A este punto bastaría repetir lo que dijo Jesús al doctor de la ley que lo interrogó sobre el mandamiento primero y luego sobre el prójimo: “*Haz esto y vivirás*”. Dicho con otras palabras, bastaría vivir con gozo, convicción y fidelidad lo que exigen la *Carta de Identidad de la Familia Salesiana* y vuestro *Proyecto de Vida Apostólica* para saber lo que estáis llamados a ser y a hacer hoy en esta parte del mundo.

La otra alternativa, en cambio, era aquella de ver la figura del Salesiano Cooperador no tanto desde lo específico, que ya conocemos, cuanto desde lo más universal, que es nuestro ser cristianos, seguidores de Jesús hoy en esta Europa Occidental. Esto significa entrar dentro del proyecto más amplio en el que tenemos que situarnos, que es de la Iglesia tal como la está impulsando el Papa Francisco.

He preferido esta segunda alternativa, porque me parece más iluminadora y más programática, sin menoscabo alguno de vuestra identidad carismática. En efecto, los rasgos característicos de los miembros de vuestra Asociación son:

- *Una persona rica de humanidad*, elemento típico del humanismo de San Francisco de Sales, que lleva a tener una visión positiva de sí, de la realidad, de la Iglesia, del mundo porque aprende a ver a Dios en todo y contemplar todo con la mirada de Dios.
- *Un bautizado*, con inmenso amor a la Iglesia, que vive con gozo, gratitud y responsabilidad su condición de hijo de Dios, de discípulo de Jesús, inserto en las realidades temporales con clara identidad y praxis de vida cristiana.
- *Un salesiano en el mundo*, según la intuición original de Don Bosco, que lo quería como un apasionado colaborador de Dios a través de las grandes opciones de la misión salesiana: la familia, los jóvenes, la educación, el sistema preventivo, el compromiso social y político.

El desarrollo del tema os permitirá, por una parte, iluminar vuestra propia identidad salesiana desde vuestra vocación cristiana, y, por otra, dilucidar mejor el proyecto histórico que como Salesianos Cooperadores de la Región Ibérica estáis llamados a elaborar y a asumir.

1. La Iglesia y el Mundo hoy, bajo el impulso del Espíritu

El tema es ciertamente apasionante: es como anticipar un capítulo de la aventura cristiana a través del tiempo. Sin embargo, abordarlo se presenta complejo. Hay muchas puertas para entrar y muchas rutas para aventurarse en él.

Una es el misterio de Dios por el cual el seguidor de Cristo se siente atraído. ¿Cuáles podrían ser los destellos o reflejos de este misterio cuando se tratará de vivirlo y expresarlo según las condiciones humanas en un contexto cada vez más secularizado?

Otra es la existencia terrena de Cristo que el seguidor entiende imitar y actualizar. La adhesión que lleva a la conformación a Cristo, es el ideal, el esfuerzo y el camino de aquellos que se ponen en su seguimiento; en particular hoy cuando la *'radicalidad evangélica'* se presenta siempre con más claridad y convicción como la forma normal de la vida del cristiano. La inspiración que se desprende de la existencia de Jesús es inagotable y puede contener sorpresas.

Puerta y camino es la hora que está viviendo, bajo el pontificado de Papa Francisco, la Iglesia, de la cual los seguidores son parte viva y manifestación particularmente evidente. ¿Cuál es el proyecto de Iglesia que está impulsando Francisco en este preciso momento de la historia? Lo ha repetido, desde el primer momento de su elección, y lo ha hecho de forma programática en la Exhortación Apostólica "El gozo del Evangelio": una Iglesia llamada a salir de sí misma y ponerse en camino hacia las periferias, no sólo geográficas, sino también existenciales: las del misterio del pecado, del dolor, de la injusticia, las de la ignorancia y de la ausencia de fe, las del pensamiento y las de toda forma de miseria (cfr. EG 20.24); una Iglesia que está llamada a superar la tentación de la auto-referencialidad y del narcisismo teológico, que pretende tener encerrado a Jesucristo sin dejarlo salir al encuentro del mundo, del hombre (cfr. EG 49); una Iglesia evangelizadora que no cede al peligro de la 'mundanidad espiritual' que la lleva irremediablemente a vivir en sí, de sí y para sí (cfr. EG 93-95); una Iglesia misionera que sea madre fecunda que vive del "dulce y confortante gozo de evangelizar (cfr. EG 46-48).

A estos compromisos exigentes de la Iglesia, que indican ya hoy los rasgos que el seguidor de Jesucristo debe cultivar y llevar a la vida, hay que añadir también los desafíos del mundo que forman el contexto en el cual vivimos, y que no es un solo escenario sino también y sobre todo un interlocutor a través del cual Dios nos está hablando, pidiendo de nosotros atención al Espíritu y escucha del clamor de los pobres.

Además, por honestidad intelectual y también con la realidad, no podemos no considerar otro factor de complejidad, angustiante para todos, especialmente para los jóvenes: la incógnita del futuro. Habíamos comenzado el milenio y el siglo XXI con grandes expectativas de paz, tanto que alguien se atrevió a hablar del "fin de la historia", y muy pronto, el terrorismo hizo irrupción en el escenario y reabrió la historia.

De hecho, nadie se atreve a prever en forma adecuada su evolución y sorpresas. Basta recordar que Papa Francisco ha osado hablar de una

“tercera guerra mundial en curso”. Por cuanto se trate de imaginar, habrá que estar dispuestos a los éxodos.

El último tiempo - me refiero en forma general al postconcilio y en particular a los años 90 y estos 15 primeros años del nuevo milenio - ha sido rico en reflexiones sobre el seguimiento de Cristo en las diferentes condiciones de vida. La identidad cristiana misma exigía profundización y reformulación, así como también el análisis de la situación social, cultural, económica, política y religiosa a la luz del Evangelio.

Las tres exhortaciones apostólicas: “*Los fieles laicos*”, “*Os daré Pastores*”, “*La Vida Consagrada*” han entregado cuadros de referencia inspiradores que satisfacen también el pedido de acercar los ideales cristianos a la vida de hoy y colocarlos en las situaciones concretas del mundo.

Las encíclicas sobre la Doctrina Social de la Iglesia de Juan Pablo II y de Benedicto XVI, así como las últimas sobre la Caridad, la Esperanza y la Fe, y, sobre todo, la Exhortación Apostólica “*El gozo del Evangelio*” de Francisco nos han ayudado a entender mejor la realidad que estamos viviendo y la respuesta que estamos llamados a dar como creyentes para ser ‘sal de la tierra’, ‘luz del mundo’, ‘ciudad edificada sobre la montaña’.

Buscando iluminar el tema que me ha sido pedido, quisiera navegar por los acontecimientos que hoy están escribiendo la historia, buscando discernir el ‘paso de Dios’ y dejarnos guiar por el Espíritu, que nos ayuda a conocer el querer del Señor en este tejido de acontecimientos.

Primero a través del período final del largo pontificado de Juan Pablo II, después a través del corto y sufrido pontificado de Benedicto XVI y ahora a través de la fresca evangélica del incipiente pontificado de Papa Francisco, el Espíritu está conduciendo a la Iglesia por caminos que trazan los rasgos del perfil del seguidor de Cristo en el mundo de hoy, el del Salesiano Cooperador, especialmente en el mundo occidental y, más concretamente, en Europa.

2. La Iglesia, signo de comunión de Dios con la humanidad

En esta fase dramática y apasionante de la historia, el Espíritu está llevando a la Iglesia a construirse como **signo de comunión, a ofrecerse a la humanidad como instrumento de encuentro, entendimiento y unidad**. Los gestos, las palabras, las imágenes, las actitudes, las opciones de Francisco hablan con claridad y elocuencia de lo que la Iglesia está llamada a realizar en este momento de la historia: salir de sí, superar toda auto-referencialidad, ponerse en camino e ir a las periferias existenciales del mundo encarnando la misericordia y la ternura de Dios.

Es como decir que la Iglesia siente casi en sus mismas entrañas que está llamada a ser mediadora y maestra de concordia, de convivencia posible, de paz, de reconciliación, de acogida del diverso, de solidaridad, de interculturalidad... en una hora de globalización, de unificación física del mundo, comunicación global, interdependencia.

En lenguaje secular se diría que es una megatendencia. Desde la fe hablamos de un viento del Espíritu. Coloco esta dirección como primera, porque aparece hoy como un signo comprensible, que recoge adhesión y es de amplia convocatoria. Como el día de Pentecostés la gente fue atraída por la curiosidad de un acontecimiento y de una energía insólita y después escuchó el discurso de explicación, así hoy la mirada hacia la Iglesia es atraída por su esfuerzo y compromiso de ayudar a superar los nuevos muros de divisiones que hoy están afectando la humanidad con una economía de exclusión que genera a su vez una cultura de la indiferencia.

En esta dirección va el llamamiento insistente de Papa Francisco a una mayor misionariedad y a un compromiso por la transformación social a la que todos los discípulos misioneros de Jesús estamos convocados, en la diversidad de vocaciones cristianas y de institutos, asociaciones, grupos, ministerios y servicios.

Debemos colocar en la lista de los signos de comunión el movimiento ecuménico y el diálogo interreligioso, que valoriza las riquezas de las diversas experiencias religiosas y hace converger el esfuerzo de todos los creyentes sobre algunos problemas humanos de suma urgencia.

En la misma línea van los pedidos públicos de perdón que se proponen derribar las barreras o prejuicios, sin juzgar ni condenar, y despejar el camino hacia un encuentro y diálogo entre aquellos que la historia llevaba a considerarse adversarios: superación por lo tanto de los prejuicios históricos religiosos (judíos), apertura pública del diálogo con la mentalidad moderna y científica (Galileo), reconocimiento del primado de la conciencia (Inquisición).

Se podría continuar con una larga lista. Enuncio rápidamente todavía otros tres signos: la voluntad de mediación de las Iglesias y de los cristianos en la solución de conflictos locales. Hemos tenido oportunidad de verlo en África, en Europa del Este (conflicto Rusia – Ucrania), América Latina (embargo contra Cuba) y ahora en el Medio Oriente; la valorización de parte de la Iglesia de las diversas culturas que habían sido una de las mayores causas de discriminación; el esfuerzo de intervenir en la línea de humanización a través de las representaciones y misiones humanitarias.

Este movimiento de la Iglesia corresponde a una situación del mundo que tiene sus reflejos en muchos contextos nacionales, en las ciudades, en los hogares.

Hay un deseo y una necesidad de encuentro, de aceptación mutua, de reconocimiento, de integración, de comunicación, de colaboración, de unidad y de paz.

Por otra parte hay una experiencia triste de conflictualidad difusa y múltiple; de discriminación étnica, social, económica; de opresión de las minorías; de aislamiento personal por la atomización individual y el exasperado sentido de autoafirmación y competencia que estalla en diversas formas.

Al mismo tiempo hay un vacío de elementos moderadores e instituciones mediadoras: después de los equilibrios anteriormente logrados, no hay organismos con fuerza moral, con base jurídica, con

tradición cultural capaces por sí solos de mediar eficazmente tanto a nivel continental (Unión Europea) como mundial (ONU).

Todo esto se contrasta con la voluntad de Dios de hacer de la humanidad una familia y con la oración de Cristo por la unidad.

De todo esto se desprenden significados y consecuencias pastorales.

La comunidad cristiana está llamada, en su contexto, a ser punto de referencia para la acogida, el encuentro y el diálogo, la fraternidad. Según una hermosa expresión está llamada a ser la “casa del hombre” donde quienquiera que se sienta acosado o preocupado por una cuestión encuentre un lugar de comprensión.

El seguidor de Cristo –pastor, seglar o consagrado– debe ser un hombre o mujer de comunión: formarse un corazón y una mentalidad humanamente universales, desarrollar un conjunto de actitudes y capacidades que lo hagan sensible en el auscultar, dispuesto a recibir, pronto a escuchar, preparado para mediar, abierto a recibir.

Esto conllevará en primer lugar realizar la armonía y la unidad en sí: unidad entre su identidad religiosa y el vivir en medio de las diferencias, entre su opción por lo trascendente y su vivir en lo temporal, entre su existencia secular y su experiencia mística, entre presente y definitivo, entre contemplación y compromisos.

A los discípulos seguidores de Jesús se les confía además una función de comunión más allá del testimonio silencioso y del ejemplo, a través de una acción bien orientada. Fuertes de una experiencia personal de fraternidad, están llamados como individuos y como comunidad a sostener, reconstruir o reforzar la comunión: se convierten en “expertos” de unidad, operadores de reconciliación.

En tal sentido Papa Francisco habla de las ‘nuevas relaciones generadas por la fe’ que deben llevar a la construcción de la grande familia humana y que tienen en la comunidad cristiana su fermento transformador y creador de la nueva sociedad según el querer de Dios.

Pero este compromiso se puede también referir a la comunidad humana o territorio, considerada a radio inmediato y amplio: barrio, ciudad, nación, mundo. Emerge la necesidad de rehacer las relaciones sociales contra el anonimato, la indiferencia, la exclusión y el espíritu de gueto, de cultivar la aspiración a la paz, el deseo de reconciliación y de convivencia digna. Hay que equilibrar y curar con una cultura diferente algunas tendencias que atraviesan el mundo: la marginación, los varios fundamentalismos, las manifestaciones de racismo.

Formarse como personas de comunión y diseñar las presencias como “expertos, testigos y artífices de comunión” quiere decir saber crear motivos y momentos de agregación, mediar en los conflictos pequeños y grandes, infundir voluntad de encuentro y convivencia fraterna, favorecer estructuras y espacios humanizantes, ser pacíficos en el sentido fuerte de la palabra, trabajar para destruir prejuicios sociales y étnicos, ser capaces de dialogar con mentalidades diversas.

3. La Iglesia y el amor a los pobres

Una segunda dirección va marcando el Espíritu a la Iglesia en este pontificado de Papa Francisco: **amar a los pobres con el corazón de Cristo**.

“Sintió compasión por ellos”, dice el Evangelio de Jesús a la vista de la multitud hambrienta. Y la buena exégesis comenta que no se trata solo de un sentimiento superficial, sino que la expresión alude a la misericordia con que Dios mira y trata siempre al hombre.

En el camino eclesial que está guiando Francisco se ha ido afirmando una expresión, muy típica de la Iglesia latinoamericana de la que él proviene: la opción preferencial por los pobres, partir siempre de los últimos.

Los contextos donde vivimos se van modificando ante nuestros ojos. Factores económicos, sociales y culturales están determinando una nueva configuración de la sociedad y del mundo.

El escenario está marcado por un fenómeno: la pobreza, que hoy es más extensa (hay más pobres que en el 2007), más intensa (los pobres son más pobres) y más crónica (no se ve cuando se pueda salir de la crisis financiera y económica que la provocó). No es solo la condición de algunos. Es el drama de la humanidad, un drama espiritual antes que material, desde el momento en que se ha hecho prevalecer la economía sobre la persona, la avidez sobre la solidaridad, el bien personal sobre el bien común.

A nivel mundial presenta dimensiones trágicas y sus efectos sobre personas y pueblos son devastadores. Es suficiente pensar en el hambre, un escándalo que dura desde hace mucho tiempo, que pone en peligro el presente y el futuro de un pueblo y destruye la vida. O en el éxodo de millares de prófugos, víctimas de contraposiciones raciales, discriminaciones religiosas o rivalidades impulsadas por poderes externos. O también en la urbanización precaria, sin condiciones mínimas de trabajo, casa, servicios o participación civil, que constituye el fenómeno de la marginación ciudadana.

Añádase la creciente inmigración junto al tráfico de personas, la explotación de muchas categorías débiles y el trabajo de menores, las servidumbres de varios tipos, la situación de las mujeres en muchos contextos, las deficiencias en ámbito familiar, el fracaso escolar de los jóvenes, la desocupación, las dependencias varias, la delincuencia, la vida en la calle. Tampoco se pueden subestimar la falta de razones para vivir, la ausencia de perspectivas humanas y espirituales que desemboca en los conocidos fenómenos de depresión hasta el suicidio o bien de compensación y evasión.

Esta multiplicidad de formas hace de la pobreza un **hecho universal**. Incluso las sociedades opulentas y tecnológicamente avanzadas la anidan y desarrollan en su seno, no solo a causa de la inmigración, sino también como resultado residuo de su propio sistema. Basta recorrer las calles de una ciudad para quedar impactados por sus manifestaciones.

Existe una **interrelación entre muchas formas** de pobreza y nuestro estilo de vida. El mundo se ha hecho interdependiente para bien y para mal. La actual desocupación, el empobrecimiento de muchos y la consecuente reducción de las posibilidades educativas, dependen de un sistema económico que pone en segundo plano el valor

de la persona como tal. Las tragedias que afectan a grandes grupos en varias zonas del planeta, en forma casi anónima, tienen origen en las políticas económicas y culturales de una parte del mundo.

Hay muchos ejemplos al alcance de la mano que confirman tal interdependencia. No se trata solo de bienes materiales, sino de justicia, solidaridad, dignidad de la persona, concepción de la vida y del mundo.

El amor de la Iglesia por los pobres pertenece a su constante tradición, como recuerda el Papa Francisco en la *IVa parte de la Exhortación Apostólica “El gozo del Evangelio”* (cf. 186-216). En los contextos de mayor miseria, a lo largo de la historia de la Iglesia, han surgido en las comunidades cristianas personas carismáticas que han enfrentado las plagas sociales más difusas con oportunas iniciativas. Juntas lograron atender a casi todas las categorías de pobres propias de su tiempo: indigentes, iletrados, abandonados, reducidos a la servidumbre, prisioneros.

No pocas de ellas fundaron comunidades equipadas, tanto en el aspecto espiritual como en el operativo, para responder a la necesidad de los pobres con proyectos de gran alcance. Pasaron a la historia como grandes testigos del Evangelio y entre sus más elocuentes anunciadores. Entre los santos sociales se encuentra Don Bosco.

Al emerger las cuestiones sociales, una visión más crítica de la sociedad puso en evidencia los mecanismos generadores de la miseria. La Iglesia denunció entonces los modelos de organización económica, social y política que subestiman el valor de la persona, la despojan del derecho a los bienes necesarios para una vida plenamente humana y expanden la miseria y la marginación.

El magisterio social se hizo más constante tras el Concilio, no sólo por las dimensiones que estaba adquiriendo la pobreza y por una percepción indiscutida de sus causas, sino también por la nueva conciencia que maduraba en la Iglesia con respecto a su testimonio y misión.

En el contexto de esta sensibilización general fue ganando terreno la expresión “opción preferencial” por los pobres. No es tanto una recomendación de caridad individual, cuanto un criterio para definir la presencia de la Iglesia en nuestro mundo.

Al inicio de la fase de la **nueva evangelización**, la opción por los últimos fue reiterada con múltiples modulaciones insistiendo en la dimensión social de la fe y su compromiso por la transformación de la sociedad. Se ha destacado que ella abre el camino al anuncio de Cristo, y éste da a la opción su verdadero sentido.

El corazón de la nueva evangelización, como la presenta Francisco en su proyecto de Iglesia, es el Evangelio del gozo que nace de la Pascua del Señor y se expresa en la caridad, en la misericordia y en la ternura, yendo al encuentro de los problemas y las situaciones humanas que necesitan la fuerza transformadora del amor. Es una caridad que se preocupa de aliviar las necesidades inmediatas, pero que, sobre todo, se compromete con un proyecto social y cultural de vasto alcance en el que la persona es siempre considerada según su vocación y dignidad, a la luz de cuanto nos ha sido revelado por Cristo.

Aun a riesgo de sobreabundar, se debe decir ante todo que el compromiso por la justicia y por la paz en un mundo como el nuestro,

marcado por tantos conflictos y por intolerables desigualdades sociales y económicas, es un aspecto sobresaliente de la Exhortación Apostólica “El gozo del Evangelio” (cfr. 53-60).

El largo proceso de reflexión ha tenido también el efecto de aclarar el alcance de la opción preferencial por los pobres. No comporta exclusión alguna, ni desatención a nadie, sino que expresa el compromiso de toda la Iglesia en el momento histórico por el que está pasando el mundo. No es paralela ni se yuxtapone a la evangelización, que será siempre y en primer lugar la tarea de la Iglesia, pero se la entiende dentro del anuncio de Cristo, según la aclaración de Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* (cf EN 32). No consiste sólo en los “servicios” inmediatos, sino en la evangelización de la cultura y de los modelos de vida.

No pertenece solamente a algunos, sino que es asumida por la Iglesia y llevada a cabo mediante la complementariedad de los dones, prestaciones y proyectos. Así, pues, es de desear que todos los seguidores estén en favor de los pobres, que muchos estén entre y con los pobres, y que quienes lo sientan vivan como los más pobres.

La credibilidad de la fe cristiana, especialmente entre los jóvenes, discurre hoy por dos carriles. Uno es el de la propuesta de un sentido para la vida, que comprende la espiritualidad. El otros es la solidaridad con los que sufren o carecen de condiciones para vivir como personas.

El mensaje de la caridad es inmediatamente comprensible: el amor habla naturalmente de Dios, de lo que está más allá del hombre. Las imágenes más populares de los seguidores de Cristo son las de aquellos que han expresado en forma elemental e inmediata su amor a los pobres. Tenemos también ejemplos en nuestro tiempo. Y tal vez, aunque ya muy traído, no sea superfluo recordar como el de Madre Teresa y ahora el de Francisco ha movido a creyentes y no creyentes, a cristianos y fieles de otras religiones.

El seguidor de Cristo deberá pedir y formarse un corazón compasivo y misericordioso, capaz de conmoverse ante lo que las personas padecen, radicalmente dispuesto a compartir, a aliviar, a dar esperanza y a servir.

4. La Iglesia y su participación en la elaboración de la cultura

Un tercer impulso del Espíritu lleva a la Iglesia a **participar apasionadamente en pensar lo humano, en la elaboración de la cultura, aportando “luz”** para ayudar a encontrar el sentido de la existencia **y “sal”** para darle un sabor que la haga apetecible.

Con otras palabras: mantener despierta la conciencia, iluminar nuestro destino, dar calidad a la vida, humanizar las relaciones. *Hay en la cultura actual algunas brechas profundas.*

Una es ciertamente la que se va creando *entre libertad y conciencia*. A un gran espacio de decisión personal no corresponde igual claridad sobre valores y significados. Basta pensar en la deriva a que están yendo la concepción del amor, el ejercicio de la sexualidad, la constitución de la familia (ideología del ‘género’), las operaciones

económicas. Se exalta la transgresión. El Occidente sobre todo tiene una cuenta descubierta con la vida y sus múltiples interrogantes.

Otra brecha se la nota *entre concepción de la vida y verdad*: ésta no es buscada para inspirar la primera. Estamos en tiempo de pensamiento débil, de pluralismo y fragmentación, relativismo y nihilismo, de definición por estadísticas: es el problema del fundamento del cual sufre la vida privada y la misma sociedad.

Y recordemos también la brecha *entre provecho y realización individual y solidaridad o bien común*: posesión y distribución de bienes.

Las dos primeras brechas han sido analizadas por dos cartas de Juan Pablo Segundo: “*El esplendor de la Verdad*” y “*La Fe y la Razón*”. La tercera fue el objeto de una serie de documentos, de los cuales los últimos son la “*Centesimus Annus*” y “*Caritas in Veritate*”.

El esfuerzo por resolverlas ha llevado a acuñar algunas expresiones que nos son ya familiares: diálogo entre evangelio y cultura, fermentación cristiana de la mentalidad, cultura cristianamente inspirada. Parecen problemas de intelectuales. Sin embargo sus consecuencias se difunden capilarmente y penetran en la conciencia mediante la comunicación social y las instituciones que actúan en el ámbito educativo.

En cada una de las opciones que se hagan respecto de lo que estas brechas representan está de por medio la calidad de la vida y de la convivencia humana.

Compromiso de la Iglesia es ayudar a pensar la existencia a la luz de la Encarnación y de la Pascua de Cristo. Y hay que decir, para mayor confianza de parte nuestra, que en la búsqueda actual de sentido la voz de la Iglesia es positivamente, si no seguida, sí aceptada: ha sido superada la visión de la religión como “opio” y como “posición oscurantista”: la postmodernidad significa también el ocaso de la mentalidad iluminista y del fundamentalismo racionalístico.

Cinco caracterizaciones del seguidor de Cristo y, por tanto, del Salesiano Cooperador hoy se refieren a cuanto hemos dicho: será un **observador atento** de la evolución humana; un **compañero solidario** (ni ausente, ni visitante, ni curioso, ni turista) en la búsqueda de los mejores caminos; **optimista portador** de esperanza en los esfuerzos sinceros que los hombres hacen para dar sentido a su existencia; **vigía crítica** sobre lo que conjura contra la dignidad humana; **capaz de terapia** comprensiva de cara a los horizontes estrechos .

5. La Iglesia y la respuesta a la sed de espiritualidad

Una última dirección: **responder a una cierta sed de espiritualidad, sostener la búsqueda de Dios, purificar la experiencia religiosa, ofrecer el anuncio de Cristo en nuevos espacios geográficos y humanos.**

Simplificando, se puede decir que en el panorama religioso de hoy aparecen tres signos: el extenderse progresivo de la increencia, como suspensión de juicio, un no querer pronunciarse ni buscar más que como afirmación de ateísmo; la reaparición de una experiencia vagamente espiritual, de un deseo de interioridad, de búsqueda de

sentido bajo formas de religiosidad confusa y a veces exótica; la toma de conciencia y profundización de la identidad cristiana, de la cual son pruebas el nacimiento y desarrollo de los movimientos eclesiales, el florecer de grupos y oportunidades de reflexión y otras semejantes.

Se añade la palabra de orden para el tercer milenio – la nueva evangelización – conectada con la cual se halla una nueva misionariedad, tal como la presenta “El gozo del Evangelio”, que hace de cada discípulo de Jesús un misionero, por el solo hecho de ser su seguidor.

Nueva evangelización y nueva misionariedad se refieren sea a espacios geográficos como a aquellas áreas humanas, modernas, a las cuales debe llegar aún la luz del evangelio y que han sido llamadas areópagos.

El servicio a la sed de espiritualidad es frecuentemente recordado en “La vida Consagrada” como tarea específica de los religiosos, pero no exclusiva, en cualquier ámbito se desarrolle su misión.

El difundirse del ateísmo práctico, el secularismo, la religiosidad difusa y vaga, el deseo de profundización de la identidad cristiana por parte de los creyentes, el momento eclesial de tensión hacia una mayor autenticidad evangélica, los espacios abiertos a la evangelización, impulsan a hacerse cargo de la dimensión trascendental de la vida que interroga a muchas personas.

Es uno de los desafíos más serios, si no el más serio, de estos años. Somos conscientes de haber recorrido un camino de renovación de las ideas, de haber pensado contenidos y métodos de trabajo pastoral, de haber actualizado las estructuras de vida comunitaria y de gobierno. En este momento aparece urgente lograr hablar a la vida y al corazón del hombre sobre lo que constituye la crisis de la cultura: el sentido y el fundamento de los valores y de las esperanzas a las que nos confiamos.

Dado que en un camino de este tipo se es iniciado por alguien que ya tiene experiencia o por un grupo con capacidad de implicar vitalmente, se pide a los Salesianos Cooperadores la experiencia personal de Dios concientizada, buscada y profundizada, y la competencia para iniciar a otros, adultos y jóvenes. Las iniciativas, las estructuras, los sujetos, los recorridos, son múltiples y ofrecen espacio a una gran variedad de carismas.

El seguidor de Cristo tuvo siempre un “secreto”, una historia para contar, una experiencia personal que comunicar, más que una doctrina que proponer: Dios “acontece” en la historia humana. No es sólo ni principalmente el “objeto” de un tratado, un “tema” de la filosofía, una “cuestión” para aclarar. No es sólo tampoco el trascendente, el que está más allá de la existencia mundana. Nosotros lo encontramos y experimentamos en la vida. En el lenguaje de la Biblia Dios es el que se revela y viene al encuentro. En un clima light de increencia, el seguidor de Cristo se caracteriza porque tiene la certeza de la realidad histórica de Dios. Ha hecho una experiencia personal de ella en Jesús. Esto queda como un punto definitivo de luminosidad y de felicidad que se difunde en cualquier circunstancia de su existencia y en cualquier pasaje histórico del mundo.

La biografía de los seguidores de Jesús presenta un esquema común y tramas diversas para cada uno. La historia es la misma; el desarrollo y el orden de los capítulos, inconcebiblemente diferentes. Todos se encontraron con Cristo, quedaron como fascinados por su personalidad y opciones, volvieron a él para escucharlo o interrogarlo sobre temas que eran candentes en su tiempo, se incorporaron a su séquito físico o espiritual. Sin esta experiencia personal de adhesión a Jesucristo vivo, se puede ser un estudioso de su figura histórica o mítica o un experto de su doctrina, pero no un seguidor.

El hecho del encuentro, su intensidad vital, lo que va sucediendo después de ponerse tras las huella y a la escucha de Jesús lo pertrecha para interpretar el presente y disponerse al futuro. Lo vuelve un optimista motivado. Su mirada es positiva porque alcanza a ver todo a la luz del Verbo Encarnado.

Conclusión: “Con Don Bosco y con los jóvenes”

Si tuviera que escoger una expresión que recogiera, en clave salesiana, lo que os he presentado, diría “*Con Don Bosco y con los jóvenes*”. Y para que no quedara en un *slogan* sino que se convirtiera en programa para los Salesianos Cooperadores, me permitiría sugerir estos aspectos:

- *Volver a don Bosco*

Vuestro primer compromiso es el de amar a don Bosco, estudiarlo, imitarlo, invocarlo y hacerlo conocer para volver a partir de él, descubriendo sus atrayentes inspiraciones, sus profundas aspiraciones, sus irrenunciables convicciones, haciendo vuestra su pasión apostólica más honda que brota del corazón de Cristo. No se trata de nostalgia del pasado, sino de búsqueda de caminos de futuro. Don Bosco es nuestro criterio de discernimiento y la meta de nuestra identificación.

En su actividad incansable lo que más nos sorprende es precisamente la formidable integración entre acción y unión con Dios, se trata de la gracia de unidad, fruto de no haber tenido más que una sola causa por la que vivir: los jóvenes, su felicidad, su salvación.

Don Bosco entendió la propia vida como vocación y como misión; él se sentía llamado por Dios y enviado a los jóvenes. De hecho se hizo santo entregándose completamente a los jóvenes, viviendo en medio de ellos, amándolos como tal vez ningún otro santo los haya amado. Este es, pues, el secreto de su santidad y de su éxito como educador, sacerdote, fundador: la primacía de Dios. Sólo Dios fue el centro de gravedad de su acción, el manantial de su vida teologal, la fuente de su pasión apostólica. Volver a don Bosco es criterio de renovación espiritual, de santidad salesiana y por tanto de eficacia apostólica.

- *Volver a los jóvenes*

Volver a don Bosco significa volver a los jóvenes con un amor por todos, que no excluye a ninguno, sino que favorece a todos: los más “pobres, necesitados, en peligro”. Se trata de ir a su encuentro, de escuchar sus necesidades, de encontrarlos con alegría en la vida

cotidiana, atentos a sus llamadas, dispuestos a conocer su mundo, a animar su protagonismo, despertar su sentido de Dios, proponerles itinerarios de santidad según la espiritualidad salesiana.

Hoy todos nos sentimos interpelados por los jóvenes, por sus retos y esperanzas de vida, por su deseo de libertad y amor, por la dificultad de comprender su lenguaje. Y no hay más opción que la de ir a su encuentro, dar, como Don Bosco, el primer paso para escucharlos y acoger sus expectativas y sus aspiraciones, que para nosotros se convierten en opciones fundamentales. Todo esto habla de una acogida incondicional de los jóvenes como punto de partida para construir una relación educativa eficaz.

- *Vivir la espiritualidad de don Bosco*

Para superar la mediocridad espiritual, que nos priva de la capacidad de tener una actitud y una mirada de fe, es absolutamente necesario conocer, profundizar e vivir la espiritualidad de don Bosco. Es verdad en efecto que conocemos su historia, que ha sido muy estudiada por los historiadores, y también su pedagogía, investigada en profundidad por nuestros pedagogos, pero conocemos mucho menos su experiencia espiritual y su espiritualidad.

En la base de todo, como fuente de la fecundidad de su obra y de su actualidad, hay algo que frecuentemente se nos escapa: su profunda experiencia espiritual, la que podríamos llamar su *familiaridad* con Dios. No debería maravillarnos que la espiritualidad de don Bosco haya sido definida “la continua unión con Dios”, constituida por una laboriosidad incansable, santificada por la oración.

Una verdadera y profunda vida espiritual no es sin embargo posible sin la frecuentación cotidiana de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, que constituyen el centro existencial de la vida de un discípulo enamorado y de un misionero entusiasta.

- *Contemplar el corazón de Cristo*

Para nosotros miembros de la Familia salesiana la pasión del “*da mihi animas, cetera tolle*” pasa necesariamente por la contemplación de Cristo. Esto supone la necesidad de conocerlo más profundamente, de amarlo más intensamente, seguirlo más radicalmente.

No por casualidad la imagen cristológica que mejor representa la figura del Salesiano es la del Buen Pastor, tal como la contempló don Bosco, que halló en Él los elementos fundamentales de su misión, sintetizada en su amor pastoral hasta el punto extremo de dar la vida por los jóvenes que el Señor le había confiado.

En Jesús Eucaristía don Bosco descubre el misterio inefable del amor. En Él don Bosco ve al Redentor que trae la Salvación. En Jesús contempla el Maestro y Modelo que hay que seguir; ve al Amigo y Compañero de camino. En una palabra, en Jesús don Bosco contempla al Buen Pastor dispuesto a dar la propia vida por el bien de su rebaño. De aquí surgen su solicitud por predicar, sanar y salvar.

- *Asumir la pasión apostólica del “da mihi animas”*

El volver a don Bosco y el volver a los jóvenes constituyen las raíces y el horizonte de la identidad y de la misión salesiana. Don Bosco fue ante todo un apóstol y toda su vida estuvo determinada por la urgencia de salvar a los jóvenes más pobres y necesitados. Don Bosco fue el hombre de una sola pasión.

Este impulso apostólico, que nos lleva a gastar todas nuestras energías por los jóvenes, hoy se llama “caridad pastoral”. Es tal vez la expresión más fiel del programa espiritual y apostólico que don Bosco vivió y nos dejó con el lema “*da mihi animas*”. Estamos convencidos de que el lema elegido y vivido por don Bosco representa para todos nosotros la síntesis de nuestra espiritualidad, de la mística y de la ascética salesiana.

En el programa de vida de don Bosco hallamos la motivación y el método para afrontar, con ánimo y lucidez, los actuales retos culturales, porque el “*da mihi animas*” pone en el centro de nuestra vida el sentido de paternidad de Dios, las riquezas de la muerte y resurrección de Cristo, la energía del Espíritu y, al mismo tiempo, estimula a hacer conocer y gustar a los jóvenes estas potencialidades, de tal modo que tenemos ahora una vida feliz y podemos gozar la salvación eterna.

Para ello es absolutamente indispensable inflamar el corazón, volviendo a partir de Cristo y de don Bosco. No se trata de un entusiasmo pasajero, sino de un compromiso de conversión, de encuentro con el Señor, dejando que Él hable a nuestro corazón y nos ayude a encontrar en Él las mejores energías. Se trata, verdaderamente, de hacer que el Señor Jesús penetre en nuestro ser y venga a darnos alegría y gusto, a reforzar nuestras convicciones, a estimularnos a caminar en el signo de la fidelidad a la alianza, ordenando nuestra vida personal, comunitaria e institucional, según los valores del Evangelio y según el carisma de don Bosco.

- *Sentir la urgencia de evangelizar*

Volver a don Bosco quiere decir también volver la mirada a los orígenes. No podemos olvidar que la Congregación salesiana “en su comienzo era una simple catequesis”. Como nuestro fundador y padre nosotros estamos llamados a ser “educadores de la fe” y como él debemos caminar con los jóvenes para llevarlos al encuentro con el Señor Resucitado.

Por eso la evangelización constituye el centro de nuestra misión y hoy más que nunca debemos sentir la urgencia de privilegiar la presencia evangelizadora entre los jóvenes.

La misión salesiana se desarrolla dentro de la misión de la Iglesia, cuya tarea fundamental consiste precisamente en el realizar el anuncio y la transmisión del Evangelio. El anuncio del Evangelio no es una actividad posible entre las actividades pastorales de la Iglesia. Es su misión. La Iglesia existe para evangelizar y la evangelización constituye su más profunda identidad.

El hecho de tener que estar atentos a los nuevos contextos socioculturales, a los signos de los tiempos, a los retos que nos vienen del mundo y de los jóvenes, en lugar de ser una razón para no evangelizar nos empuja a dar más calidad a nuestra acción

evangelizadora. La globalización, el secularismo, el pluralismo, el relativismo marcan el escenario, en el que hoy deber resonar la buena noticia que da al hombre luz y esperanza.

- *Bajo la guía de María*

Volver a don Bosco nos lleva necesariamente a descubrir el papel que María tuvo en su vida. Si su vida gira en torno a Dios, podemos decir que también gira en torno a María. La Virgen estuvo siempre presente en su camino. Ella fue la maestra y la guía en la búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios.

Sabemos que desde niño Mamá Margarita lo consagró a la Virgen y le enseñó a invocarla tres veces al día; la Virgen María poco a poco se convirtió para él en una experiencia de vida, una verdadera madre que lo acompañaba a todas partes. En el sueño de los 9 años Jesús se la entrega como la Maestra que lo guiará en la misión que le ha confiado. Él estaba tan convencido de que María lo guiaba que afirmó que “Ella es la fundadora y la sostenedora de nuestra obra”. Si es verdad que don Bosco es el santo de María Auxiliadora, es igualmente verdadero que María Auxiliadora es “la Virgen de don Bosco”.

A ella nos confiamos y a ella queremos confiarle nuestra Familia Salesiana, en particular la Asociación de los Salesianos Cooperadores de la Región Ibérica y los jóvenes del mundo. Ella, sin duda y según la promesa de don Bosco, continuará guiándonos y nos ayudará a expresar hoy y en el futuro el carisma salesiano en toda su riqueza y fecundidad.

Las Palmas de Gran Canaria, 11 de Marzo de 2016

En el Inicio del Tercer Centenario

Don Pascual Chávez V., sdb